

MIQUEL PORTA PERALES

UN VISITANTE EN LA CORTE DEL NACIONALPROGRESISMO CATALÁN

Imaginemos que alguien llega a Cataluña con la intención de conocer de primera mano el llamado hecho diferencial catalán. Nuestro visitante ha leído el ensayo de los politólogos M. Keating, P. Martín y H. Meadwell titulado «Naciones contra el Estado». Gracias a este trabajo, ha sabido que en Cataluña hay un «nacionalismo regional» que, amparándose en la Constitución española, ha construido un «casi-Estado» dotado de amplia autonomía y capacidad de autogobierno. Y ha sabido también que en Cataluña, según parece, existe una identidad colectiva –ahí radicaría el hecho diferencial– sustentada en la lengua propia. Por lo demás, gracias a The Guardian, sabe que en Cataluña, como en el resto de España, gobiernan las izquierdas. Nuestro hombre quiere comprobar en vivo y en directo lo que ha leído en el libro y en diversos artículos.

Ya en la ciudad –en plena campaña del referéndum sobre el Tratado por el que se establece una Constitución para Europa–, contempla un cartel electoral en donde un señor con bigotes –presidente de un partido nacionalista catalán– pide el «no» arguyendo que la Constitución Europea no reconoce la existencia de las naciones sin Estado como Cataluña, ni la identidad nacional catalana, ni la lengua propia de Cataluña que según dice es el catalán, ni el derecho de autodeterminación de Cataluña. Y en la prensa lee las declaraciones de un político –también nacionalista y ex presidente del gobierno

Miquel Porta Perales es crítico y escritor. Su último libro es *Si un persa viatgés a Catalunya*, editado en catalán por l'Esfera dels Llibres.

autónomo catalán– que igualmente reivindica la identidad catalana –así como «nuestra forma de ver y sentir nuestra sociedad y nuestro país»– al tiempo que denuncia la existencia de una concepción *light* de Cataluña que supone un peligro para la cohesión de un país poco protegido. ¿Será Cataluña una nación? ¿En qué consiste la identidad catalana? ¿Existe la lengua propia de Cataluña? ¿Comparten los catalanes una manera de ver y sentir? Esas son las preguntas que se hace nuestro visitante. La respuesta –piensa– está en la calle.

En la Plaza de Cataluña hay un FNAC. Entra. ¿Qué ve? Diarios, revistas, libros, música y juegos diversos editados en distintas lenguas con un claro predominio del castellano y el inglés. Y en la cafetería, la gente habla –*fifty-fifty*– en castellano y catalán. O en catalán y castellano. El Café Zürich –justo donde empiezan las Ramblas– es una babel de lenguas y nacionalidades. Consta que la mayoría son turistas. Ya en las Ramblas –una fuente, quioscos de prensa, animales enjaulados, tenderetes de flores, y muchos paseantes–, para apaciguar la sed y la curiosidad, entra en el supermercado Champions. Compra una botella de agua –la escoge entre muchas, casi todas ellas etiquetadas en castellano pese a estar envasadas en Cataluña– y se dirige a la caja colocándose en la cola justo detrás de una pareja de piel morena cuya lengua no entiende. Otra vez en el exterior, se pierde en un laberinto de calles estrechas y contenedores de basura, que llevan el escudo del Ayuntamiento de Barcelona, rotulados en catalán y bereber, tiendas de alimentación con letreros en urdú que anuncian productos orientales, y peluquerías de estilo *afro* con música ídem. A lo lejos, le parece oír un son caribeño. Del instituto de educación secundaria Miquel Taradell salen un par de mujeres magrebíes acompañadas de cinco niños. Enfrente, Edicions 62: muchos libros en catalán y pocos en castellano. Calle arriba, tropieza con un edificio blanco, dotado de una fuerte personalidad, situado en una plaza dura tomada por media docena de adolescentes de etnias variadas en monopatín. Es el Museu d'Art Contemporani, le dicen. Entra: mucho edificio y poca obra.

¿En qué consiste la identidad catalana? Nuestro hombre en Barcelona aún no lo sabe. A tenor de lo visto, dicha identidad –si existe– es múltiple. Heterogénea. Heteróclita, incluso. Cabe la posibilidad de que haya paseado por un *suburb* y que su percepción de la realidad sea incompleta. Por ello, decide salir de aquel dédalo de ca-

llejuelas y comercios y regresar al hotel, situado en el centro de la ciudad. En la *city* barcelonesa hallará lo que anda buscando. De camino al hotel, la misma heterogeneidad. En las calles, la gente habla en catalán y castellano. Y en las tiendas ocurre exactamente igual. Además, la carta de los restaurantes está únicamente en catalán, mientras los clientes hacen sus pedidos en catalán y castellano indistintamente. Se pregunta por qué.

Ya en el hotel, nuestro antropólogo urbano hojea la prensa y conecta la radio y la televisión. Este es el resultado del trabajo de campo: seis diarios en castellano, tres en catalán, numerosas radios y canales de televisión que emiten en catalán y castellano. La mayoría programa canción en castellano e inglés. En catalán, poco. Se hunde en un mar de dudas y cavilaciones. ¿Tiene Cataluña una lengua propia? Difícilmente puede ser así, cuando los catalanes hablan dos o más lenguas. A la par, catalán y castellano. Y no suelen tener ningún tipo de problema en cambiar de lengua en función del *partenaire*. Esa infidelidad lingüística le gusta. Y le va de perlas, porque él chapurrea el castellano y de este modo puede entenderse con todos. Así las cosas, le resulta incomprensible que algunos políticos catalanes usen el concepto de «lengua propia». ¿Quizá los territorios hablan? Por supuesto que no. Hablar, lo que se dice hablar, sólo lo hacen las personas. Entonces, ¿por qué empeñarse en el uso del concepto de «lengua propia»? ¿Por qué no aceptar que en Cataluña hay dos lenguas comunes? Por lo demás, si se acepta que el catalán es la lengua propia de Cataluña, ¿cuál es el estatuto del castellano, la lengua de la mitad de los catalanes? ¿Quizá una lengua impropia? Absurdo.

¿En qué consiste la identidad catalana? Nuestro perplejo visitante piensa en el libro de M. Keating y en el mensaje electoral del político bigotudo que pide el «no» al Tratado Constitucional de la Unión Europea. No entiende que Cataluña tenga una identidad propia por el hecho de poseer una lengua propia. No entiende que el ex presidente del gobierno autónomo catalán diga en la prensa que la identidad catalana propia se sustenta también en una «forma de ver y sentir nuestra sociedad y nuestro país». Es decir, una forma de ver y sentir propias. Sonríe. ¿Habrá algo que en Cataluña no sea «propio»? ¿Puede hablarse de una identidad propia sustentada en una lengua propia cuando esta última no existe? ¿Hasta qué punto puede decirse

que en una comunidad determinada existe una –sólo una– «manera de ver y sentir nuestra sociedad y nuestro país»? Incomprensible. De otra parte, ¿qué son y qué identidad tienen aquellos ciudadanos que ven y sienten el país de una forma distinta a la que se considera propia? ¿Quién está legitimado para definir la manera propia de ver y sentir de una sociedad? Bajo la idea de una identidad propia catalana se esconde, sin duda, una afirmación heráldica y una deriva excluyente. La afirmación heráldica de quien desea diferenciarse de lo más próximo (¿quizá España?), y la deriva excluyente de quien niega el certificado de catalanidad a los ciudadanos dotados de una identidad «impropia» (?) como consecuencia de usar una lengua «impropia» y tener una visión del país igualmente «impropia». ¿Se negará a la mitad de los catalanes la identidad catalana? Absurdo. Absurdo. Absurdo. Cómo negar la catalanidad a los castellanohablantes que viven en Cataluña. Cómo negar la catalanidad a los catalanes con una visión de Cataluña no legitimada por el nacionalismo catalán. Un galimatías. Un auténtico despropósito.

Se impone ordenar ideas y sacar conclusiones. Primero, ¿qué es Cataluña? El maestro Anthony D. Smith respondería que Cataluña no es una realidad geológica, sino gastronómica. Es decir, Cataluña no está formada por un conjunto de sedimentos históricos superpuestos, sino por una serie de elementos de procedencia diversa cada uno de los cuales se cocina a su manera. El resultado es una identidad en minúscula. Y, como toda identidad en minúscula, ha de formar parte de una identidad en mayúscula. Pero, ¿de cuál? Segundo, ¿qué es Cataluña? ¿Una nación, según afirma el discurso de los políticos nacionalistas catalanes? Pero, ¿qué es una nación? Aquí empieza el problema. Tradicionalmente, son diversos los criterios utilizados para definir el término «nación». Por ejemplo: el territorio, el origen, la lengua, la tradición, la historia, las leyes, la religión, la cultura, la conciencia, el Estado, el mercado, etc. En función de estos criterios, se suele decir que una nación está formada por una serie de rasgos objetivos (lengua propia, cultura propia, manera de ser propia, historia propia, identidad propia) y subjetivos (la conciencia de pertenencia). Tercero, ¿qué es Cataluña? Sigue sin saberlo. Habrá que pasar de la teoría a la práctica.

Y de la teoría a la práctica. Por última vez, ¿qué es Cataluña? ¿Una nación? Los datos de que dispone le indican que no. Para justificarlo,

otra batería de preguntas. Y respuestas. ¿Lengua propia? Los catalanes utilizan indistintamente el catalán y el castellano. ¿Cultura propia? Los catalanes leen en catalán y castellano y escuchan canciones en catalán y castellano. ¿Manera de ser propia? En Cataluña –como ocurre en cualquier lugar– las gentes tienen una manera de ser diversa. ¿Historia propia? La historia siempre es compartida con los vecinos. ¿Conciencia de pertenencia? A falta de datos, el hecho de que los catalanes hablen en catalán y castellano, y acepten una cultura y una música catalanas y castellanas, induce a pensar que la conciencia de pertenencia es catalana y española. ¿Identidad propia? Si la identidad propia se basa en una lengua y cultura propias, si los ciudadanos de Cataluña no tienen una lengua y cultura propias –de hecho tienen dos: catalana y castellana–, carece de sentido hablar de identidad propia. ¿O es que alguien cree que la identidad de un pueblo es distinta a la de sus ciudadanos?

Nuestro confundido visitante, en función de los criterios usados para definir qué es una nación –criterios propuestos, por cierto, por el propio nacionalismo–, llega a una conclusión que cree difícilmente refutable: Cataluña no es una nación. O, a lo sumo, es una nación tan impropia que acaba no siéndolo. Y empeñarse en mantener lo contrario implica continuar con aquel «ejercicio de ingeniería social deliberada» (Eric Hobsbawm) que consiste en inventar una nación a la carta vía selección/mitificación/mistificación/depuración/exclusión de determinados rasgos. Cataluña, sin duda, forma parte de España. Por lengua, cultura, historia, identidad y voluntad. Cataluña forma parte de una España en donde conviven diversos puntos de color y cúmulos de formas que se combinan armónicamente en un todo. Como una pintura de Kokoschka. Nuestro sagaz visitante concluye que el nacionalismo catalán necesita negar a España para afirmarse. Un caso clínico para el doctor Freud.

El nacionalismo catalán debe olvidar el despotismo de la identidad. Por motivos de salud ciudadana. O lo que es lo mismo, debe renunciar al esencialismo que le es propio. Cosa que implica un cambio radical de mentalidad: el nacionalismo catalán no puede continuar pensando en términos de intrusión y desnaturalización. Y el nacionalismo catalán ha de reconocer y dar carta de naturaleza a la Cataluña real olvidándose de la Cataluña soñada. Traducción práctica: no se

puede definir la identidad catalana con el criterio excluyente de lo que –supuestamente– es propio. Hecho lo cual, el nacionalismo catalán ha de aceptar y asumir que Cataluña debe sustentarse únicamente en el contrato social y en las instituciones y prácticas democráticas de la sociedad liberal y el Estado de derecho.

Negar España para afirmar Cataluña. Dónde lleva eso. Después de barajar algunas hipótesis –la defensa de la lengua y la cultura catalanas, por ejemplo–, nuestro inquiridor concluye que todo obedece a una concepción mecanicista y anacrónica de la política: el nacionalismo catalán bebe todavía en la fuente del viejo principio de las nacionalidades del siglo XIX según el cual a una nación le correspondería, por definición, un Estado. Pero, ¿qué sentido tiene hoy reivindicar un Estado cuando ello podría conducir a una escisión social que distinguiría entre catalanes propios e impropios? ¿Qué sentido tiene hoy reivindicar un nuevo Estado cuando la soberanía se cede a entidades supranacionales como la Unión Europea? El nacionalismo catalán es un retronacionalismo. Y una visión quimérica, como la que ofrecen los sueños o la imaginación calenturienta.

Liberado del fantasma nacionalista, nuestro visitante decide relajar el espíritu. Conecta el televisor. La televisión en España es igual o peor que en todas partes. Nada le gusta. Noticias. Un señor –el Presidente de la Generalitat de Cataluña, se lee en la parte baja de la pantalla– afirma que en el preámbulo del nuevo Estatuto de Cataluña debe constar que «Cataluña es una nación». Estupefacción. ¿No ha leído en *The Guardian* que en Cataluña gobierna la izquierda? Si ello es cierto, ¿cómo es posible que la izquierda cambie internacionalismo y universalismo por nacionalismo? La izquierda anda desorientada. Pero, ¿hasta este extremo? ¿Cómo es posible que en Cataluña los políticos de uno u otro signo estén cortados por el mismo patrón retronacionalista? Una sospecha: Cataluña no es una nación, sino una corte. En el sentido dieciochesco del término. Es decir, un conjunto de personas y familias que rinden pleitesía a un peculiar monarca absoluto de nombre Nación Catalana. Por la Gracia de la Nación Catalana, se acuñaría en las monedas de una Cataluña independiente. Independiente y fuera de la Unión Europea. Menudo negocio. Con tiempo y datos, le gustaría averiguar si debajo de la pleitesía cortesana se esconde alguna razón pro-

saica que justifique la obsesión identitaria, que justifique un hecho diferencial que es incapaz de percibir.

Sentado ante el televisor, se sorprende ahora de las declaraciones de un político que reclama el giro a la izquierda fundamentado en un desarrollo sostenible y una política de paz. Escucha con atención. ¿Desarrollo sostenible? A ver, ¿de qué hablamos cuando hablamos de sostenibilidad? Sí, la definición oficial de la Comisión Brundtland dice que el desarrollo sostenible es el que «satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades». Muy bien. Pero, ¿quién define nuestras necesidades y en virtud de qué criterios? ¿Qué necesidades se deben satisfacer o sacrificar? ¿Quién sabe las necesidades de las generaciones futuras? Muchas veces lo ha manifestado en público y nadie le ha entendido. Siempre le malinterpretan. No quiere ni la destrucción del medio ambiente, ni una vida miserable para sus hijos; sólo desea que no se confunda ideología y ciencia, que no se den lecciones gratuitas de ética y moral, que no se hipoteque el crecimiento y el bienestar en nombre del catastrofismo ecologista que nos invade. Y algo parecido ocurre con la paz. El pacifismo no entiende que la paz no es un valor universal, no entiende que los únicos valores universales son la libertad y la vida digna, no entiende que –en algunas ocasiones– para defender la libertad y la vida digna hay que incurrir en algún grado de violencia contra quien amenaza la seguridad y libertad del mundo y los ciudadanos. Lo contrario equivale a comulgar con la ética del esclavo. Y esa ética es la que le ha parecido ver en una Barcelona en la que todavía cuelgan algunas pancartas con la palabra –así, en italiano– «*pace*», esas pancartas que la ingenuidad pacifista esgrimió durante la intervención militar en Irak que acabó con la satrapía de Saddam Hussein. Muy de otra época.

Si el nacionalismo catalán le retorna al siglo XIX, la izquierda catalana le conduce a los años 30 y 70 del siglo pasado. Una izquierda –lo percibe en las declaraciones del político entrevistado en televisión– que se cree en posesión de la línea correcta que seguir, que se considera expresión de la conciencia crítica de la sociedad, y se presenta como modelo de conducta ética. Y ahí no acaba la cosa, porque el político entrevistado asegura que nos quiere conducir al mejor de los mundos. Se le ocurre que Cataluña, sin ningún género de dudas, es la

capital del imperio del Bien. Menudo peligro. Y es que quienes se creen en posesión de la verdad se permiten el lujo de excomulgar a quien piensa de manera distinta. Lo curioso del caso es que estos ángeles de bondad –al parecer, en estado de gracia permanente e irrefutable por definición– sólo son capaces de ofrecer un discurso negativo repleto de propuestas que se conjugan con los verbos «prohibir» y «eliminar». En realidad, esta izquierda progresista –que se mueve por los espacios de la ficción y que, como Jeremías, sólo sabe quejarse y maldecir– es la reencarnación colectiva de aquella desgraciada figura de la conciencia que fue el llamado intelectual crítico de los 60 del siglo pasado. Igual que aquel intelectual, la izquierda y el progresismo tienen la pretensión de hablar en nombre de la razón universal y son unos ingenuos y unos impostores de bajo vuelo que reducen la complejidad del presente a la simpleza de sus consignas ideológicas.

El nacionalismo y la izquierda –dos movimientos que han perdido el hilo de la historia– están a la orden del día en una Cataluña que se pretende moderna y avanzada. ¿Será eso el hecho diferencial catalán?, se pregunta nuestro paciente visitante frente a una infusión. Y concluye que si el nacionalismo y el progresismo catalanes no aceptan el sentido del límite, si no son capaces de zafarse de sus obsesiones, merecerán pasar a la historia no sólo por su inocencia, sino también por su estulticia y no se sabe si por su sectarismo. *Vade retro*, exclama mientras apura la última gota de ese amargo líquido que le han servido en la corte del nacionalprogresismo catalán.